



1
CAPÍTULO

Preceptos y Promesas

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor (Efesios 4:1-2).

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, una declaración que escuché en un estudio bíblico en enero de 1952: “La Biblia debe aplicarse a su vida diaria”. Eso puede parecer muy obvio hoy en día pero, esa noche, para mí fue una verdadera novedad.

Crecí dentro de la iglesia y nunca me salí de sus límites morales pero, según recuerdo, jamás había escuchado la enseñanza de que debíamos aplicar las Escrituras a la vida diaria personal. Esa noche cuando escuché esa declaración, fue como si alguien hubiera prendido una luz en mi mente. En ese tiempo era un joven oficial de la marina, así que de regreso al barco oré al Señor diciendo: “Dios, a partir de esta noche, ¿me ayudarías a aplicar la Biblia a mi vida diaria?”.

La “vida diaria” es una parte crucial de esa declaración que me cambió la vida. En Efesios 4:1, Pablo nos exhortó a an-

dar “como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”. En ese contexto, “andar” significa vivir la vida diaria de manera ordinaria, ya sea en el trabajo, lavando la ropa, haciendo compras o realizando esa multitud de cosas que hacemos en el curso de un día normal.

Cuando Pablo explicó el significado de un andar digno, lo primero que mencionó fue la humildad. Piense en lo que eso significa cuando conducimos nuestro auto, al interactuar con nuestro cónyuge o hijos, con nuestros compañeros de trabajo o con el vendedor de una tienda; tenemos que hacerlo todo con humildad.

En el mundo grecorromano en que Pablo vivía, la humildad era una cualidad despreciable. La consideraban una señal de debilidad. Nuestra cultura actual no difiere mucho de ese mundo de hace 2000 mil años, aunque quizá haya cierta diferencia en los círculos cristianos. Es posible incluso que admiremos la humildad de alguien, pero tenemos muy pocos deseos por practicarla (en algunos casos ese deseo está completamente ausente).

Cuando Pablo escribió: “*andad (...) en humildad*”, él no solo estaba dando un consejo, sino que estaba hablando como portavoz de Dios. La Biblia no es un libro ordinario que refleja los pensamientos de los diversos escritores que encontramos en ella; más bien, tal como Pablo lo escribiera en 2 Timoteo 3:16, sabemos que: “*Toda la Escritura es inspirada por Dios*”. Pedro nos ayuda a entender lo que eso significa cuando dice en 2 Pedro 2:21: “*los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*”.

“Ser inspirados” significa que escribieron exactamente lo que Dios quería que escribieran. Esa es la razón por la que

con frecuencia leemos en la Biblia expresiones como “*el Espíritu Santo habló antes por boca de David*” (Hechos 1:16). Esto significa que Dios ‘exhaló’ sus palabras a través de David —y otros escritores—. Así que podemos decir confiadamente que “lo que dice la Biblia es lo que Dios dice”, aunque lo haya dicho a través de la boca o pluma de seres humanos.

El tema aquí es la autoridad y la autoridad significa quién tiene el derecho de mando. Pablo no tenía el derecho de mandarnos que anduviéramos en humildad, pero Dios sí. Aunque el apóstol se dirigió a sus amigos de ese entonces, y a nosotros hoy, utilizando una palabra suave (os ruego), lo cierto es que ésta conlleva la idea de que vivir en humildad no es una opción para el creyente; por el contrario, es un mandato de Dios.

Este es un punto muy importante porque en nuestro frenético mundo actual, a menudo se ignoran o desechan las cualidades suaves de carácter como la humildad, la gentileza y la paciencia, pensando que son expectativas irreales en medio de las presiones y carreras de la vida. Pero si queremos aplicar las enseñanzas bíblicas a nuestra vida cotidiana, no podemos ignorar el llamado a vivir diariamente con un espíritu de humildad.

Efesios 4:1-2 no es el único pasaje de las Escrituras en que Pablo nos exhortó a practicar la humildad. En Filipenses 2:3 el apóstol escribió: “*Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo*”. Y nuevamente en Colosenses 3:12 nos dijo: “*Vestíos (...) de humildad*”. Pedro añade con sus propias palabras en 1 Pedro 5:5: “*Revestíos de humildad*”. Estas no son declaraciones hechas a la ligera.

Todas son las mismas palabras de Dios y llevan implícitas su autoridad para mandarnos a ser humildes en nuestra vida diaria.

Además de Pablo y Pedro, el Señor Jesús con frecuencia abordó el tema de la humildad. Aunque pocas veces usó como tal dicha palabra, el concepto sí se encuentra esparcido a lo largo de sus enseñanzas. Es más, las cualidades de carácter de las Bienaventuranzas que constituyen la mayor parte de este libro, son expresiones de lo que he llamado la 'humildad en acción'.

Una de mis enseñanzas favoritas del Señor Jesús sobre la humildad está en Lucas 14:7-11, un texto que estudié hace muchos años. **Trato** —note el énfasis— de poner en práctica el principio que Él enseñó en ese pasaje cuando es apropiado.

Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido. Lucas 14:7-11.

Nosotros no debemos pensar en términos de un lugar de honor, ni de posición, prestigio, reconocimiento o autoridad (los cuales la mayoría de nosotros tenemos la tentación

de buscar); más bien, una buena regla a seguir se encuentra en las palabras de Proverbios 27:2: *“Alábetelo extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos”*.

Jesús no solamente enseñó humildad, sino que Él mismo la practicó. Vemos esto cuando lavó los pies de sus discípulos antes de la última cena (vea Juan 13:1-11). Lo que hace su acto más asombroso es que lo hizo en total conciencia de que Él era el eterno Hijo de Dios (versículo 3). Vemos su más grande acto de humildad al humillarse hasta la muerte, y muerte de cruz, por nosotros (Filipenses 2:8).

He titulado este capítulo “Preceptos y Promesas”, pero hasta ahora no he usado ninguna de esas dos palabras. Sin embargo, el precepto es sinónimo de un mandato. Es más, el diccionario define *precepto* como “una orden [o mandato] de una autoridad legalmente constituida”. Es claro que no hay mayor autoridad que la de Dios. Por otro lado, una *promesa* es una declaración que le da a una persona el derecho de esperar la realización de aquello que se ha prometido. Solo Dios tiene el poder infinito y la absoluta integridad de cumplir lo que ha prometido.

Así que ahora pasemos a las promesas de Dios para quienes andan en humildad. El apóstol Pedro une un precepto y una promesa en 1 Pedro 5:5b-6:

“Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo”.

En el versículo 5, el precepto es “revestíos de humildad”; es decir, la humildad debe ser parte de nosotros, tal como la ropa que usamos diariamente. Jamás se nos ocurriría

presentarnos delante de la gente sin ropa; de la misma forma, tampoco deberíamos pensar en estar con otras personas sin vestirnos de manera deliberada de una actitud de humildad.

La promesa es que Dios da gracia al humilde. La **gracia** a menudo se usa como sinónimo del poder de Dios (véase por ejemplo 2 Timoteo 2:1 y 2 Corintios 12:9), y ese es el mismo significado que tiene en 1 Pedro 5:5. Una actitud de humildad es totalmente contraria a los valores del mundo, pero también contraria a nuestra propia naturaleza pecaminosa. Así que necesitamos de la gracia de Dios; es decir, de la capacitación de su Espíritu para vestirnos con una actitud de humildad al enfrentar a las diferentes personas y diversas situaciones con las que convivimos cada día. Dios promete que nos suplirá de su gracia cuando busquemos andar en humildad.

El versículo 5 habla de la humildad con respecto a las demás personas, pero el versículo 6 habla de la humildad hacia Dios: “*Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo*”. Humillarse a sí mismo bajo la poderosa mano del Señor es someterse y aceptar aun las circunstancias más adversas permitidas por Él (hablaremos más de esto en el capítulo 4).

La promesa del versículo 6 es que Dios nos exaltará en su tiempo oportuno. No sabemos cómo será la exaltación ni cuándo será el tiempo indicado, porque ésta podría presentarse de varias maneras y en diversos tiempos. Solamente Dios conoce el tiempo propicio y la expresión de esa exaltación. Podría ser que no llegue en esta vida, pero llegará, porque Dios —que no puede mentir— lo ha prometido.

Ahora veamos dos promesas del Antiguo Testamento hechas a quienes se esfuerzan por andar en humildad. La primera de ellas se encuentra en Isaías 57:15.

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados.

Cuando consideramos esta porción de las Escrituras, notamos en primer lugar la descripción de Dios mismo. Él es Alto y Sublime y su nombre es Santo. Este pasaje es un reflejo de Isaías 6:1-7, texto que nos indica cuando el profeta vio a Dios exaltado y escuchó que los serafines clamaban: “Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos” (versículo 3, LBLA). El resultado de haber visto a Dios en toda su gloria magnificente fue que Isaías quedó totalmente abrumado. Sin embargo, debe llamar nuestra atención que en Isaías 57:15, ese mismo Santo e infinito Ser exaltado promete habitar entre los quebrantados y humildes de espíritu y reavivar sus corazones.

En el contexto de este pasaje, habitar con alguien es entrar en una relación íntima con esa persona. “Reavivar” aquí significa animar a la persona. Esta es una promesa maravillosa que acompaña al precepto de vivir una vida de humildad.

Andar en humildad en ocasiones involucra un sentido de temor o hasta de humillación. Al aceptar esas situaciones, Dios promete habitar con nosotros y animarnos.

La segunda promesa se encuentra en Isaías 66:1-2:

Así dice el SEÑOR: El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies. ¿Dónde, pues, está la casa que podríais edificarme? ¿Dónde está el lugar de mi reposo? Todo esto lo hizo mi mano, y así todas estas cosas llegaron a ser, declara el SEÑOR. Pero a éste miraré: al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra.

Una vez más, en el versículo 1 y en la primera parte del 2, vemos la infinita majestad del Señor. El cielo es su trono y la tierra el estrado de sus pies. Es más, Él lo hizo todo. Aunque Él es infinito en poder y gloria, Él ve a algunos con afecto y favor; es decir, a los que son humildes y contritos de espíritu, los que tiemblan —en profundo respeto— ante su palabra. ¡Qué grandiosa promesa!

Cuando combinamos estos dos pasajes de las Escrituras, vemos que Dios promete a aquellos que andan en humildad que Él entrará en una relación íntima con ellos, los verá con su favor y afecto y los animará en su búsqueda de la humildad. En vez de menospreciar la humildad, como ocurría en la cultura grecorromana y en nuestra cultura presente, Dios la exalta y promete bendecir a quienes la buscan.

Esto nos hace darnos cuenta de que buscar la humildad no es algo incidental o algo en lo que no pensamos mucho, sino que se trata de una cualidad de carácter a la que deberíamos prestar atención diligente. El hecho de que le demos tan poca importancia a la humildad debería hacer que nos humilláramos hasta el polvo delante de nuestro Dios glorioso y lleno de gracia.

En resumen, lo que hemos visto en este capítulo es que la búsqueda de la humildad en nuestro diario vivir proviene de los preceptos; es decir, de los mandamientos llenos de

autoridad que Dios nos ha dado. El Salmo 119:4 dice: “Tú encargaste que sean muy guardados tus mandamientos”. La humildad no es una opción para unos cuantos ‘super espirituales’, es para que todos los creyentes la practiquen en su vida diaria. Además, Dios ha prometido darnos de su gracia al buscar la humildad.

Pero, ¿cómo se ve la humildad que buscamos todos los días? En los próximos ocho capítulos veremos cómo se expresa la humildad en las diferentes circunstancias y frente a las diversas personas que nos encontramos cada día en este mundo quebrantado y maldito por el pecado. Nuestro guía será Jesús mismo, quién comenzó el mensaje más largo registrado en la Biblia con una letanía de bendiciones contraculturales que conocemos como las Bienaventuranzas. Cuando las juntamos, éstas nos ofrecen un retrato de la humildad en acción, algo que Dios ordena y a la vez promete bendecir.